

TRACY BANGHART

IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo



CROSS
BOOKS

TRACY BANGHART

IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo

Traducción de Isabel Murillo

CROSS
BOOKS

Crossbooks, 2018
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Iron Flowers*
© del texto: Alloy Entertainment y Tracy Banghart, 2018
© de la traducción: Isabel Murillo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19530-6
Depósito legal: B. 8.259-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*



alloyentertainment

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

SERINA

Serina Tessaro se encontraba en los peldaños de la fuente de la plaza mayor de Lano, flanqueada por nueve chicas de su edad, vestidas todas con sus mejores galas. A pesar de que un crepúsculo negro como el carbón amenazaba con asfixiarla, su sonrisa seguía siendo inquebrantable.

El *signor* Pietro entrecerró los ojos y evaluó a las muchachas con la mirada. Las conocía desde pequeñas y desde entonces llevaba observándolas, calibrando y criticando su potencial. Frunció los labios en un mohín, y su bigote cano se sacudió con un tic.

El casco oscuro de las montañas se cernía sobre una ciudad cubierta por el hollín, bloqueando el paso de los últimos rayos de sol. La familia de Serina permanecía en las sombras, entre la multitud. Lo único que capturaba la luz eran las mejillas ruborizadas de Nomi. Aun desde aquella distancia, Serina vislumbraba la furia que transmitían los ojos de su hermana. Renzo, el hermano de ambas, sujetaba el brazo de Nomi, como si quisiera retenerla. Era imposible leer su expresión, pero Serina sabía que no reflejaba la expectación de sus padres.

El *signor* Pietro dio la espalda a las chicas para dirigirse a la muchedumbre congregada en la *piazza*. A la espera de su veredicto, a Serina se le formó un nudo en la garganta, aunque consiguió esconder la emoción bajo una fachada de sere-

nidad. Su madre le había enseñado lo importante que era saber lucir bien una máscara.

—Este año, el Heredero elegirá a sus primeras Gracias. Cada provincia puede enviar a una chica para disputar este honor. Como magistrado de Lanos, es mi responsabilidad elegir cuál de nuestras hijas viajará a Bellaqua. —Tal vez hizo una pausa. Tal vez prolongó el suspense. Pero el caso es que el tiempo no se ralentizó tal y como Serina esperaba que sucediera. Siguió pronunciando sus palabras con voz inalterable y metódica, y estas fueron—: He elegido a Serina Tessaro.

La multitud aplaudió. Los ojos de Mama Tessaro brillaron esperanzados. Nomi se quedó seria.

Aturdida, Serina dio un paso al frente e hizo una reverencia. Era increíble. Viajaría a Bellaqua. Saldría por fin del sucio y sofocante Lanos.

La chica se había imaginado aquello infinidad de veces. Subir por primera vez a un tren, recorrer la exuberante campiña de Viridia. Ver la ciudad del Superior, con sus canales y su inmenso *palazzo* de mármol. Conocer al Heredero. Sería guapo, a buen seguro, como un príncipe de cuento de hadas.

Y si ella era la elegida, viviría en un palacio precioso durante el resto de sus días. No tendría que trabajar en una fábrica textil como su madre, ni de criada, como su prima. Tampoco se vería obligada a acabar en un matrimonio de conveniencia con el hombre que pudiera pagar más por ella. Acudiría a bailes de ensueño y no le faltaría de nada. A su familia tampoco, e incluso Nomi, pese a toda su resistencia, viviría mejor. Como doncella de Serina, su hermana también saldría de Lanos.

El *signor* Pietro estrechó la mano del padre de Serina mientras ella descendía por la escalinata. La multitud empezó a dispersarse. Las demás chicas se reunieron con sus familias sin dirigirle la palabra a ella. Cuando la chica se reencontró con los suyos, Mama Tessaro temblaba de emoción. Había sido en su día tan alta como Serina, pero los muchos años que lleva-

ba encorvada sobre una máquina de coser en la fábrica habían acabado por torcerle la espalda.

—Mi flor, estoy muy orgullosa de ti —dijo, abrazando a Serina—. Eres un gran honor para la familia.

Nomi carraspeó. Serina le lanzó una mirada de reprobación. Si el *signor* Pietro oía a su hermana diciendo cualquier barbaridad en contra del Heredero o del Superior, la haría azotar. Ya la había amenazado durante uno de los exámenes físicos a los que se había visto obligada a someterse Serina en el transcurso del último mes, cuando Nomi había murmurado: «Esto es ridículo», al ver cómo el *signor* inspeccionaba a Serina.

—Gracias, *signor* —dijo Papa, saludándolo con una reverencia.

El magistrado, con su capa corta de color escarlata agitándose bajo el leve resplandor de las farolas, dio media vuelta para regresar a su carruaje.

—Vámonos —dijo Papa—. Disponemos solo de dos días para preparar tu viaje.

Y echó a andar en dirección contraria al *signor*. Vivían a escasa distancia de la *piazza*.

Serina aspiró una bocanada del sucio aire de Lanos y siguió a su padre. Papa ni siquiera la había mirado. Intentó adivinar su estado de ánimo según la rigidez de su espalda. ¿Se sentiría orgulloso de ella, como Mama? Era imposible saberlo. Con él siempre era imposible.

Renzo le dio un codazo.

—Eres guapa —comentó—. El Heredero sería un imbécil si no te eligiera.

Serina respondió con una sonrisa de agradecimiento. Renzo comprendía lo mucho que aquello significaba para ella. Para todos.

Con su cuerpo alto y robusto, era fácil olvidar que era casi dos años menor que Serina. Nomi y él eran gemelos, pero no se parecían mucho, excepto en los ojos, de color ambarino, varios tonos más claros que los de su hermana.

Nomi los seguía, arrastrando los pies como un niño enfurruñado. Serina se detuvo un momento para esperarla.

—Es una buena noticia —le dijo en voz baja para que sus padres no pudieran oírla.

Las calles estaban vacías; después del gran anuncio todo el mundo había vuelto ya a su casa. Los destellos de las farolas proyectaban manchas amarillas en las toscas paredes de los edificios. La calle adoquinada era desigual, pero Serina avanzaba con paso firme, y su vestido de color cobre susurraba al rozar con las piedras del suelo.

—No me apetece hablar del tema —refunfuñó Nomi, a la que no le preocupaba tanto como a su hermana que pudieran oírla.

A Serina le entraron ganas de estrangularla.

—No entiendo por qué no estás contenta. No lo comprendo, de verdad. Por fin nos iremos de esta espantosa ciudad. Incluso podríamos acabar viviendo en el palacio. Trabajar de doncella resultará mucho más fácil que cuidar de toda la familia como haces ahora, y ya no tendremos que preocuparnos más por quedarnos sin comida. Mamá podrá dejar su empleo...

Nomi aceleró el paso, como si intentara huir físicamente de las palabras de Serina.

—Esta es la diferencia entre nosotras —soltó. Tenía los puños cerrados con fuerza, y un rubor rojizo le cubría la cara—. Yo no considero que esta ciudad sea fea. Y tampoco creo en cuentos de hadas. No quiero...

—Todo lo que tú quieres queda fuera de nuestro alcance —replicó Serina, cansada de la rabia de Nomi—. Jamás podrás elegir ni el tipo de trabajo que prefieras realizar ni el marido que te apetezca, ni... nada de nada. El mundo no funciona así.

No era culpa de Serina que Viridia ofreciera tan pocas oportunidades a las mujeres. Ella sabía desde hacía tiempo que luchar no cambiaba nada y por eso aprovechaba al máximo lo que tenía.

Y se le había presentado la posibilidad de convertirse en una de las mujeres más reverenciadas del país. Si acababa

siendo la elegida del Heredero, podría convertirse en madre del futuro Superior.

—Nada debería quedar fuera de nuestro alcance. Mi punto de vista se resume en eso —sentenció Nomi.

Cando abrieron la quejumbrosa puerta de la pequeña residencia de la familia, estaban aún inmersas en aquella conversación. Renzo, que sujetaba la puerta, les lanzó una mirada irónica que dejaba patente que había escuchado su disputa.

—Nomi, Papa quiere que empieces a preparar la cena.

Esta entró en la sala sin replicar. Serina la siguió, recogién-dose las faldas para que no se le engancharan en el umbral de la puerta. Vio que la mirada de su hermana se posaba por un momento en los libros de texto de Renzo, que habían quedado abiertos en la rústica mesa de comedor. Le dio un codazo a Nomi para advertirla. Como no se movía, Serina tosió para llamarle la atención.

Nomi miró a su hermana, pero sus ojos tardaron una décima de segundo en enfocarse. Entonces sacudió la cabeza, como si quisiera despejarla, y corrió hacia el fregadero.

Serina miró de reojo a sus padres y vio que estaban hablando en voz baja al lado de la barriguda estufa. No se habían percatado de lo sucedido. Había muchísimas cosas de las que no se enteraban.

Serina y Nomi eran como cualquier otra hija en la fría ciudad industrial de Lanos.

Pero la primera tenía belleza.

Y la segunda tenía un secreto.

Serina rezaba por que su belleza fuera suficiente para capturar la atención del Heredero, tanto por su bien como por el de su hermana. Pero cuando Renzo cerró la puerta, el golpe sordo resonó en los huesos de la muchacha. Se estremeció, sacudida de repente por unos miedos a los que ni siquiera podía poner nombre.

DOS

NOMI

El conductor del *rickshaw* pedaleaba como un loco, impertérrito ante los socavones que se abrían entre los adoquines y los perplejos peatones. Nomi tenía el estómago revuelto con tantos saltos y vaivenes. Aunque también cabía la posibilidad de que el malestar fuera consecuencia de aquel ambiente tan pesado y húmedo que olía a pescado podrido.

Pero no. Sabía perfectamente qué era lo que le retorció los músculos y le robaba el oxígeno de los pulmones. Cuanto más se acercaban al *palazzo*, con mayor fervor deseaba poder ir en dirección contraria. Hacía menos de quince días que el *signor* Pietro había elegido a Serina, y desde entonces el tiempo había transcurrido de un modo tan veloz y atormentado como aquella última parte del viaje.

Nomi esbozó una mueca de dolor cuando, en el momento en que el vehículo cruzó un pequeño puente y se tambaleó peligrosamente hacia el agua, Serina le presionó el brazo con fuerza y le clavó las uñas. Renzo se quedó blanco. Ocupaba la totalidad del asiento enfrente de ellas y se había visto obligado a doblar las piernas como una araña para acomodarse en el pequeño espacio disponible.

El *rickshaw* se detuvo en seco al llegar a una *piazza* de tamaño considerable. Nomi empezó a sentir náuseas.

Flanqueando la abarrotada plaza, un ancho canal, salpicado por multitud de embarcaciones alargadas de color negro,

resplandecía bajo el sol. Más allá, en su isla, el *palazzo* del Superior se elevaba hacia el cielo como un amanecer dorado. Nomi respiró hondo. Le habría gustado conocer Bellaqua en otras circunstancias. Pero no en estas. Y no hoy.

Renzo le dio unas monedas al conductor antes de ayudar a Nomi y a Serina a bajar del vehículo. A la primera le temblaban las piernas incluso después de pisar suelo firme.

—Es hora de despedirnos —dijo Renzo.

Intentó hablar con voz firme, pero se le quebró. Serina, la hermana diligente, mantuvo la cabeza agachada cuando él la estrechó en un comedido y fugaz abrazo.

Pero con su gemela la despedida fue diferente. Esta abrazó a su hermano con fuerza, pegándose a su chaqueta, aspirando su aroma, familiar y reconfortante. Las piernas y el estómago se tranquilizaron un poco. Renzo tenía intención de quedarse en Bellaqua hasta que se produjera el anuncio. Tal vez volvería a verlo en cuestión de horas, o puede que nunca más. Aquella incertidumbre era una tortura.

—¿Tendría que planificar algo para sacaros a las dos de aquí si Serina es la elegida? —susurró en broma Renzo, aunque con un tono algo apremiante.

«Ojalá pudieras.» Nomi lo estrechó con más fuerza antes de retirarse. Compartieron una mirada agónica.

—Vamos, Nomi —la apremió Serina en voz baja.

Un hombre vestido con una librea negra y dorada le estaba tendiendo la mano. Serina, agachando la cabeza, posó con cuidado los dedos en su brazo.

A Nomi se le cortó la respiración. No estaba preparada para aquello.

Y Renzo, según parecía, entendía a su hermana. Intentó esbozar una sonrisa, le dio un beso a Nomi y se fue corriendo para que no tuviese que ser ella la que lo dejara allí solo. A ella le dolió como si la cortaran por la mitad con un cuchillo.

—Vamos —insistió Serina.

A regañadientes, Nomi siguió a su hermana entre el gentío. El gondolero vestido de negro y dorado las guio por la *piazza* hasta el gran canal, donde su góndola se mecía sobre las aguas en compañía de otras embarcaciones. El hombre ayudó a Serina y a Nomi a subir y las instaló entre mullidos cojines bordados con hilo de oro. A su alrededor, otras chicas, con vestidos de colores intensos que las identificaban como candidatas, flotaban sobre las aguas a bordo de otras góndolas.

La multitud que observaba la procesión de muchachas reía y lanzaba vítores. Cuando Nomi y Serina empezaron a apartarse de tierra para surcar las aguas del canal, un niño arrojó al aire un puñado de flores. Aquel detalle, la lluvia de pétalos de color rosa, hizo sonreír a Serina.

Nomi no soportaba la expresión serena de su hermana. Era totalmente contraria a la agitación que le estaba revolviendo el estómago. Deseaba saltar a tierra, salir corriendo tras Renzo y huir de aquella ciudad. Deseaba cualquier cosa excepto navegar hacia el palacio del Superior para ser ofrecida, en contra de su voluntad, como un sacrificio en honor a un dios de la antigüedad. Y el problema era precisamente ese: Serina no estaba actuando en contra de su voluntad.

Nomi se llevó la mano a los ojos para intentar controlar las lágrimas. Y, con la otra, presionó con todas sus fuerzas la pequeña bolsa que contenía sus pertenencias.

—¿Y si no volvemos a ver a Renzo nunca más?

—Eso será una bendición —replicó Serina. Pero lo dijo con un temblor en la voz. A medida que se acercaban al palacio, Nomi empezó a percibir una arruga entre las cejas de su hermana, un indicio de tensión en la comisura de la boca. A lo mejor no estaba tan serena como pretendía aparentar. Con un tono más suave, añadió—: Lo sabes.

—Pero nada me impide desear que ojalá todo fuera distinto —murmuró Nomi justo en el momento en el que la góndola chocaba contra el borde del canal.

Algunas chicas ya habían desembarcado y se encontraban a los pies de la escalinata que conducía al *palazzo* del Superior. Los cipreses que flanqueaban el canal tenían campanitas minúsculas colgadas entre sus ramas que tintineaban con la brisa.

Maldiciendo al Heredero que las esperaba arriba, Nomi empezó a ascender la impresionante escalinata del *palazzo* en el último puesto de una larga fila de chicas con vestidos vistosos y elegantes. Él ni siquiera la miraría dos veces —ni a ninguna de las otras doncellas—, pero su vida dependía de si se fijaba o no en su hermana.

Delante de Nomi, Serina flotaba por las escaleras, y su melena castaña, que le llegaba hasta la cintura, brillaba con intensidad. Su vestido, un intrincado rompecabezas de diferentes tejidos que había confeccionado concienzudamente su madre, se ondulaba como el agua. No dejaba entrever ni una pizca de debilidad, ningún indicio de haber pasado siete largas jornadas en un tren que no paraba de dar sacudidas, una noche en una austera habitación de hotel y un día entero preparándose frenéticamente para el baile con el Heredero.

Nomi presionó con más fuerza su bolsa y procuró no tropezar en la escalinata de mármol cuando miró de reojo al Superior, un hombre de expresión seria y con una delgadez enfermiza, y a sus dos hijos. Malachi, el Heredero, lucía un uniforme blanco bordado en oro que realzaba su cuerpo musculoso. Sus pómulos marcados y su cabello castaño muy corto le otorgaban dureza a su rostro, aunque sus labios carnosos le restaban severidad. Se vio obligada a reconocer que era atractivo, aunque aterrador. Estaba estudiando con atención a sus potenciales Gracias, y sus ojos oscuros se posaban fijamente en ellas a medida que desfilaban frente a él.

El hijo menor, Asa, contemplaba el canal. Su cabello era más oscuro y más largo que el de su hermano, y despeinado, a pesar de que continuamente se pasaba las manos por la cabeza.

Nomi debería haber hecho una reverencia al llegar a la altura de los hombres, pero no se tomó esa molestia. Como era de esperar, nadie reparó en ella. Los tres concentraron sus miradas en el cabello brillante de Serina y en el balanceo de sus caderas. A veces, a Nomi le fastidiaba que su hermana fuera el polo de atracción de todas las miradas. Pero en esta ocasión, su invisibilidad la hizo feliz. No envidiaba en absoluto ni la tarea que tenía por delante su hermana ni que el peso de la gélida mirada del Superior hubiera recaído solo en ella.

Cuando Nomi alcanzó la sombra del porche y se quedó fuera del alcance de la vista de los hombres, se relajó un poco. Las potenciales Gracias y sus doncellas pasaron entonces a una galería profusamente decorada que terminaba con un par de puertas de madera repujada.

Nomi y Serina eligieron un lugar junto a la pared.

—Deja que compruebe tu maquillaje una vez más —pidió Nomi.

Por mucho que deseara estar en cualquier otro lugar, tenía un trabajo que hacer. Ambas, en realidad.

—¿Crees que tenemos opciones? —murmuró Serina, mirando de soslayo a la chica que tenían más cerca y cuya doncella estaba recolocándole un vestido de color naranja intenso.

Nomi sintió tentaciones de decirle a Serina lo que realmente pensaba: que deberían largarse de allí inmediatamente y sin mediar palabra. Que sería más conveniente regresar a Lanos o, mejor aún, a un lugar completamente distinto, donde pudieran decidir lo que les apetecía hacer a lo largo del día y no verse sometidas, ella a sus interminables tareas y Serina a sus eternas horas de aprendizaje de etiqueta y baile. Pero Nomi conocía la verdad tan bien como su hermana: ese lugar solo existía en su imaginación. Fuera donde fuesen, sus alternativas serían siempre las mismas: trabajar en una fábrica; como criada, o como esposa. A menos que Serina lograra convertirse en una Gracia.

En Viridia, las Gracias eran consideradas el mayor ejemplo de belleza, elegancia y obediencia. Aquello a lo que todas las niñas aspiraban.

Para Nomi y Serina, convertirse en Gracia y doncella significaba obtener un billete hacia una vida distinta, aunque ahí era donde no se ponían de acuerdo: Serina creía que era una vida mejor; Nomi, no.

—Me parece que, pase lo que pase, seguro que saldremos perdiendo —auguró Nomi, retirando del ojo de Serina un poco de khol que se había corrido.

—No digas eso —replicó su hermana, amonestándola—. No...

—¿Pretendes que no piense en que vas a desfilar delante del Heredero como un objeto que podrá poseer? —dijo Nomi en voz baja.

Le alisó un mechón a Serina con manos temblorosas. Tanto su hermana como ella tenían el pelo castaño, la piel olivácea y los pómulos marcados de su madre. Pero sus facciones se combinaban de tal modo que Serina resultaba tan voluptuosa y encantadora como flaca y poco elegante era Nomi. Serina era extraordinaria; Nomi, no.

—No se trata de convertirse en un objeto de su propiedad, sino de ganarse su admiración y su deseo —explicó Serina, esbozando una sonrisa artificial dirigida a las chicas que se habían vuelto hacia ellas—. Es nuestra oportunidad de disfrutar de una vida mejor.

—¿Y por qué tendría que ser mejor? —quiso saber Nomi, negando con la cabeza. La impotencia le oprimía el pecho—. Serina, no deberíamos tener que...

Serina se acercó más a su hermana.

—Sonríeme, como si estuvieras feliz. Como si fueras igual que cualquiera de todas esas chicas.

Nomi miró a su hermana a los ojos. Serina estaba preciosa así, con la rabia tiñéndole las mejillas. Resultaba mucho más interesante cuando no se dejaba encasillar por un corsé de conducta y una sonrisa recatada.

Los murmullos de las candidatas y sus doncellas se acallaron de repente cuando una mujer subió al pequeño estrado que había en un extremo de la sala. Su vestido, confeccionado en seda de color crema, subrayaba una figura refinada y escultórica.

—Me llamo Inés. Soy la Primera Gracia —dijo la mujer, con una voz melodiosa como una canción—. El Heredero se siente honrado con vuestra presencia al saber que habéis viajado desde muy lejos. Siente mucho poder elegir solo a tres para que se queden aquí. Pero tened por seguro que, de todos modos, todas contáis con su bendición.

A Nomi siempre le había resultado chocante que los Superiores y sus Herederos escogiesen a tres Gracias cada tres años y no una cada año. Por otro lado, la elección trastornaba a todo el país, puesto que los magistrados consagraban meses a observar a las candidatas de sus respectivas provincias, y el Superior, a organizar bailes y actos en los que exhibir a las nuevas Gracias una vez que salían elegidas.

El Superior actual tenía ya casi cuarenta Gracias. Pero corrían rumores sobre su estado de salud, y este año había anunciado que no tenía intención de escoger personalmente a las Gracias, sino que su Heredero sería el responsable de llevar a cabo la primera elección. Muchos entendieron que esto significaba que el Superior pronto permitiría que su Heredero gobernara Viridia en su lugar.

—El baile está a punto de dar comienzo —dijo Inés, y sus pulseras de oro tintinearón cuando levantó las manos—. Candidatas, ha llegado la hora.

Serina abrazó a Nomi.

—Sé buena —le aconsejó.

—No es por mí por quien tengo que preocuparme —replicó Nomi, abrazando también con fuerza a su hermana.

Una a una, fueron anunciando a las chicas, y las puertas de acceso al salón de baile fueron abriéndose y cerrándose entre presentación y presentación. Cuando llegó el turno de Seri-

na, dos sirvientes del Superior abrieron de par en par las gigantescas puertas, dejando entrever la mareante luminosidad que había tras ellas. Una voz profunda anunció: «Serina Tessaro, de Lanos». Y, sin volver la vista atrás, se sumergió en aquella luz.

Cuando dejó de ver a su hermana, el corazón de Nomi sufrió un doloroso vuelco. Posó la bolsa junto a la pared, donde las demás doncellas habían colocado sus cosas, y, nerviosa, se quedó en un rincón. Algunas chicas se habían agrupado en el balcón para charlar. El resto había tomado asiento o deambulaba de un lado a otro para admirar el opulento entorno.

Tenía la sensación de que las paredes se le echaban encima, de que el oro y el brillo pesaban sobre ella como barras de hierro. Todo era tremendamente distinto a su casa. Llevaba solo una semana fuera, pero ya echaba de menos despertarse con el ruido que hacía Renzo cuando recogía sus libros antes de emprender la larga caminata hacia la escuela. Añoraba aquellos momentos robados, cuando terminaba todas sus tareas y podía sentarse y descansar sin que Mama la regañara. Echaba en falta el sabor del viento cargado de nieve al anochecer, saber que por la mañana el mundo tendría un aspecto completamente distinto. Echaba de menos incluso el gemido de las cañerías y las ventanas cubiertas de hollín de la casa de sus padres, en la calle de la Fábrica.

En parte, anhelaba con desesperación que las mandaran de vuelta a casa. Poder de este modo regresar a su pequeña y modesta morada. Aunque sabía que eso solo significaría un retraso en la inevitable separación de su familia.

Cayó entonces en la cuenta de que existía también la posibilidad de que pasara el resto de sus días así, atrapada en una estancia bellísima a la espera de que volviera Serina, de que su vida se convirtiera en una simple nota a pie de página. Ordinaria. Invisible. Olvidada.

Le ardían los ojos de tantas lágrimas sin derramar que acumulaban. Miró a su alrededor, cohibida, pero nadie se fijaba

en ella. Se echaba un poco de agua fría en la cara, si se dedicaba a sí misma aunque fuera solo un momento, tal vez se sentiría mejor.

Salió al pasillo en busca de un lavabo. A cada paso que daba, la tensión que le oprimía el pecho iba aminorando.

Dobló una esquina, y el interior de una estancia captó su atención. Sillas tapizadas, una alfombra de elegante estampado. Una biblioteca gigantesca de madera de caoba llena hasta arriba de volúmenes encuadernados en piel y con lomos dorados. Libros. Jamás en su vida había visto tantos. Y antes de pararse a pensar qué estaba haciendo, Nomi encaminó sus pasos hacia allí. Se detuvo delante de la puerta entreabierta para ver si oía algún movimiento. Y entonces cogió aire y entró.

El mundo entero se abrió ante ella. Hileras y más hileras de estantes que se encaramaban hasta el techo. En el ambiente flotaba el aroma a humo de pipa. Nomi aspiró con fuerza y dejó que la inundara la paz de aquella estancia, todas las promesas que encerraba en su interior. Con piernas temblorosas, avanzó furtivamente hacia las estanterías y deslizó una mano insegura por los lomos de cuero. Los títulos grabados en pan de oro brillaban bajo la luz tenue. Repasó con la punta de un dedo las palabras, desconocidas muchas de ellas. Y entonces descansó la mano sobre un volumen fino que quedaba prácticamente engullido entre dos libros gruesos de color negro. Sofocó un grito al reconocerlo: *Las leyendas de Viridia*.

La asaltó de inmediato un recuerdo. El otoño que Nomi y Renzo cumplieron doce años, a él le regalaron precisamente aquel libro, y ella quiso conocer su contenido. Las mujeres tenían prohibida la lectura por ley. En realidad, las mujeres lo tenían prohibido casi todo por ley, excepto tener hijos, trabajar en fábricas y limpiar las casas de los hombres ricos.

Pero Nomi no estaba dispuesta a perder aquella oportunidad. Y Renzo no pudo resistir la tentación de presumir de

sus conocimientos. Y despacio, pero sin pausa, le enseñó a leer.

Fueron los mejores meses de la vida de Nomi. Pasaban las noches acurrucados junto a una vela, que iba derritiéndose poco a poco, mientras ella, con ritmo vacilante, leía y releía la historia de la luna y de su amante, de los terrores de las profundidades y, la que era su favorita, la de los dos hermanos separados por una misteriosa mujer tatuada que tenía un ojo dorado. La única que conocía su secreto era Serina. Renzo le preguntó un día si también quería aprender a leer. Pero ella respondió que prefería que le leyeran las mismas historias una y otra vez mientras practicaba el bordado. Cuando llegó la primavera y la escuela de Renzo le cambió el libro de leyendas por uno de ecuaciones matemáticas, Nomi y Serina continuaron contándose de memoria las leyendas. Pero ya nada volvió a ser igual.

Sacó el libro de la estantería y acarició las letras grabadas en la cubierta. Estaba confeccionado con el mismo cuero suave que el ejemplar de Renzo, aunque las esquinas no estaban aplastadas ni la cubierta tan sobada. Abrazó el libro contra su pecho y recordó las noches en las que su hermano y ella pasaban las páginas, bromeando con la pronunciación y el significado de cada palabra.

Aquel libro era su hogar, mucho más de lo que el *palazzo* y su elegante mobiliario podrían llegar a serlo.

No soportaba la idea de dejar aquello allí. Pensó que nadie echaría en falta un pequeño libro de relatos. Lo guardó en el interior de su vestido con tanta rapidez, con tanta facilidad, que casi se convenció de que había sido por deseo del libro, no de ella. Nomi salió corriendo al pasillo, con los brazos cruzados en un gesto protector sobre el pecho.

Había llegado ya casi a la galería cuando dos hombres doblaron la esquina y se plantaron delante de ella.

El Heredero y su hermano.

Nomi inclinó la cabeza y esperó a que pasaran, presionando con más fuerza los brazos sobre el libro escondido.

—... tendría que depender de mí, no de los magistrados —estaba diciendo el Heredero.

Hablaba muy enojado, pero dejó de hacerlo en cuanto la vio.

Nomi debería haber hecho una reverencia. Tendría que haber mantenido la cabeza gacha como cualquier otra doncella. Pero el encuentro la pilló desprevenida y, aun sin querer, lo miró directamente.

Los ojos de color castaño oscuro del Heredero brillaban con silenciosa intensidad. Se quedó contemplándola como si pudiera ser capaz de descifrar su historia, sus esperanzas secretas, todo. La desnudó con una sola mirada.

Con las mejillas encendidas, Nomi consiguió por fin apartar la vista.

—¿Quién eres? —preguntó Malachi.

—Nomi Tessaro —murmuró ella.

—Y ¿qué estás haciendo aquí, Nomi Tessaro? —preguntó el Heredero con la voz impregnada de recelo.

Nomi agachó la cabeza.

—Soy... una doncella. Solo estaba...

Se quedó sin voz. No recordaba qué había ido a hacer. El libro le quemaba la piel.

—Vámonos, Malachi, llegamos tarde —lo apremió Asa, pasándose con impaciencia una mano por el pelo.

Su traje negro era el antónimo del blanco de Malachi, incluso en los bordados de oro, pero Asa tenía un aspecto menos rígido, casi desaliñado.

Malachi ignoró a su hermano, dio un paso hacia Nomi y su cuerpo musculoso la atrapó contra la pared.

—Solo estabas ¿qué?

El intento de intimidación tuvo el efecto contrario. Nomi se puso rabiosa, y aquella furia, instintiva y que conocía tan bien, aplastó momentáneamente su pánico.

Enderezó la espalda. Levantó la barbilla y sostuvo la mirada gélida del Heredero. Nomi irradiaba desafío a raudales.

—Pretendía ir al baño —dijo con claridad—. Está justo allí —añadió, moviendo la cabeza hacia el otro extremo del pasillo—, por si les hiciese falta.

Asa soltó una risotada, pero al Heredero no le hizo gracia. Sus mejillas se encendieron de rabia.

Nomi notó el horror ascendiéndole por la garganta. Bajó la vista. Serina le había pedido que se comportase. Y había sido incapaz, ni siquiera había durado diez minutos. La impertinencia de lo que acababa de decir..., la expresión que sin duda alguna había visto el Heredero en su mirada...

—Puedes irte —le permitió por fin Malachi, aunque sonó más como una sentencia que como un indulto.

Nomi, con el corazón presa del pánico, echó a correr hacia la galería, y los dos hombres siguieron su recorrido. Los bordes del libro que acababa de robar se le clavaron en la piel.

Fue directamente al rincón donde había dejado la bolsa y guardó el libro entre sus cosas. Estaba casi segura de que el Heredero no lo había visto, pero su impertinencia había sido irrecusable.

Pasó el resto de la tarde esperando, con los ojos clavados en la puerta abierta y preguntándose cuándo terminaría su mundo.